

Los límites de la metáfora lingüística: implicaciones de una perspectiva corporeizada para la práctica investigadora e interventora

The limits of the linguistic metaphor: implications of a embodied perspective for research and intervention

Joan PUJOL, Marisela MONTENEGRO y Marcel BALASCH

Universidad Autónoma de Barcelona
Departamento de Psicología Salut i Social
Facultad de Psicología
joan.pujol@uab.es

RESUMEN

Perspectivas como el construccionismo social, el análisis del discurso o el análisis conversacional, han usado la metáfora lingüística para defender una concepción de la realidad construida a través de la interacción lingüística. En el desarrollo de esta metáfora confluyen dos herencias que han dado lugar a la omisión de la corporeidad como forma de conocimiento y agencia. En primer lugar, la división cartesiana entre cuerpo y alma; de la cual resulta una visión del cuerpo o bien como «contenedor» del alma o como producto de una construcción cognitivo/social. En segundo lugar, la oposición «social» frente a «natural» excluyó al cuerpo (asignado al ámbito de lo natural) como tema importante en debates sobre el orden y el control social. La metáfora lingüística enfatiza el polo de lo social-mental que lleva a un monismo ontológico de carácter lingüístico. La corporeidad acaba siendo receptora de y disciplinada por el ámbito de lo discursivo (Sampson, 1996; Nightingale, 1999).

Este trabajo recoge el renovado interés que la corporeidad está teniendo en ciencias sociales (i.e. Haraway, 1991; Turner 1992; Shilling 1993; Stam 1998; Burkitt, 1999) y explora las implicaciones que se derivan de la adopción de una perspectiva corporeizada en las prácticas de investigación e intervención. Desde esta perspectiva se enfatiza el carácter productivo de las relaciones constituidas en procesos de investigación e intervención, entendidos como actividades que articulan múltiples posiciones corporeizadas desde las que se localizan y producen conocimientos.

ABSTRACT

Perspectives such as social constructionism, discourse analysis or conversational analysis have used the linguistic metaphor to argue for an understanding of social reality as constructed through linguistic interaction. This metaphor inherits two conceptual legacies that lead to the omission of corporeality as a form of knowledge and agency. First, the Cartesian division between body and soul, from which results a conception of body as a «container» of the soul or as a product of a cognitive-social construction. Second, the dichotomy «social» versus «natural» excluded the body (assign to the natural realm) as a relevant topic in debates on order and social control. The linguistic metaphor emphasises the social-mental pole that leads to a linguistic ontological monism.

Corporeality ends up as a receptor of and disciplined by discourse (Sampson, 1996; Nightingale, 1999).

This paper pays attention to the renewed interest on corporeality in social sciences (i.e. Haraway, 1991; Turner 1991, 1994, 1995, 1996; Shilling 1993; Stam 1998; Burkitt, 1999) and explores the implications derived from the adoption of a corporeal perspective in the research and intervention practices. From this perspective, the productive character of the relations constructed through the research process is emphasized, understanding them as activities that articulate multiple corporeal positions from which located and produce knowledge.

SUMARIO 1. La omisión de la corporeidad en ciencias sociales. 2. Recuperando la Corporeidad. 3. Implicaciones para la práctica investigadora e interventora. 4. Para concluir. 5. Referencias bibliográficas.

1. La omisión de la corporeidad en ciencias sociales

Aunque la temática de la corporeidad ha estado presente desde principios de los noventa en las ciencias sociales, especialmente en la sociología, no ha sido hasta finales de los noventa que esta temática aparece en el ámbito de la psicología social. En 1996 aparece en la revista *Theory and Psychology* un número dedicado al tema de la corporeidad. La mayor parte de los artículos aparecen en 1998 en forma de libro, editado por Henderikus Stam, con el título «*The body and Psychology*». En este mismo año aparece el libro editado por Bayer y Shotter con el título «*Reconstructing the Psychological Subject: Bodies, Practices and Technologies*». No es de extrañar que la temática de la corporeidad adquiera peso como fenómeno social si pensamos en problemáticas tan presentes como el culto al cuerpo o la anorexia, de gran relevancia social en la actualidad. Introducir la corporeidad como perspectiva, como un elemento a tener en cuenta en nuestra aproximación a lo social, trae, sin embargo, reminiscencias biologicistas y esencialistas. Es de destacar, en este sentido, que las autoras¹ mencionadas en los anteriores trabajos han sido claramente identificadas con un movimiento tan receloso con estas reminiscencias como es el construccionismo social. Para entender esta exclusión exploraremos, en primer lugar, los fundamentos filosóficos que han llevado a

la exclusión de la corporeidad en ciencias sociales para y posteriormente explorar las implicaciones de la adopción de una perspectiva corporeizada en la práctica investigadora e interventora.

Nuestro pensamiento occidental hereda un marcado carácter dual derivado, en parte, de la forma de entender el mundo proveniente de nuestra herencia religiosa. El dualismo considera que la realidad consiste en dos principios opuestos e irreductibles que articulan los elementos de lo real. Varias de las religiones antiguas que conforman la mitología occidental se basan en dos entidades opuestas, una con connotaciones positivas y la otra con negativas. Tenemos, por ejemplo, el sol y la luna en las antiguas religiones bálticas, el orden y el caos, en la cultura helénica, o dios y el demonio en el mundo eslavo. Esta forma de pensamiento está firmemente anclada en la metafísica occidental y ha tenido gran influencia en las comprensiones y prácticas de nuestras sociedades y, dentro de ellas, de nuestras disciplinas científicas. En Psicología Social, en concreto, hay dos dicotomías de especial importancia, la separación entre mente y cuerpo y entre sociedad y naturaleza, que han llevado a la supresión de la corporeidad como perspectiva y como campo de estudio.

Podemos iniciar el abordaje de la división entre mente y cuerpo en la creencia platónica en la existencia de un alma inmortal humana,

¹ Para evitar el uso del masculino como genérico («los [hombres] autores»), sin complicar la lectura del texto añadiendo el femenino separado de una barra («los/as autores/as»), se ha optado por usar siempre el femenino, entendiendo que hacemos referencia al sustantivo elíptico «persona» («las [personas] autoras»).

una sustancia que posee un movimiento propio y distinto del cuerpo. La teología cristiana recoge esta división entre dos entidades, el cuerpo y el alma, y diferencia entre distintos tipos de alma: el alma vegetativa (correspondiente a las funciones autónomas), el alma sensitiva (correspondiente a las respuestas reflejas) o el alma racional. La psicología hereda, a su vez, esta diferenciación a través de la obra de René Descartes. Los escritos de este filósofo ofrecen una división radical entre cuerpo y alma. Descartes rechaza el rol fisiológico que el alma tenía en la teología cristiana y, posteriormente, la psicología ha enfatizado su carácter racional. Se constituye de esta manera una comprensión escindida de la persona en la que tenemos por una parte la mente (objeto de la psicología) y por la otra el cuerpo (objeto de la biología y la medicina), siendo la mente la parte racional mientras que el cuerpo se reduce al funcionamiento fisiológico.

La herencia de la obra de Descartes es indudable en psicología. Formas de comprensión de sentido común tales como la separación entre mente y cuerpo, y que esta mente es una mente individual guiada por leyes universales que analiza y conecta ideas simples para crear pensamiento complejo son ampliamente compartidas en la tradición cultural occidental. Bajo el desarrollo de la perspectiva cartesiana devendrá importante el análisis de las conexiones entre los sentidos y las estructuras cognitivas, la forma en que la persona procesa la información, los errores en la forma en que la gente realiza decisiones y las conexiones entre mentes individuales. Prestar atención a la estructura del Cogito cartesiano puede ser útil para comprender algunas de las dimensiones que todavía están presentes en aproximaciones cognitivas y discursivas (Pujol y Montenegro, 1999). En sus *Meditaciones*, Descartes usa la lógica de las matemáticas como paradigma para establecer firmes bases sobre las que construir el conocimiento. La retórica del proyecto busca negar al cuerpo como fuente válida de conocimiento y situar a la razón en su lugar, una premisa con la que se inician las meditaciones y que constituirán su conclusión. Estas premisas se reflejan al inicio de las meditaciones, en las que deslegitima a la corporeidad como fundamento de conocimiento.

Difícil era la empresa e impropia de un joven desprovisto de experiencia: por eso esperé llegar a la edad madura, la más a propósito para llevar a la práctica ideas que tanta firmeza y constancia exigen; y creería faltar a un deber si no pusiera manos a la obra. Pienso que estoy en las mejores condiciones para ello. He libertado a mi espíritu de toda clase de preocupaciones: las pasiones no han dejado en mí su huella profunda y siniestra: me he procurado un seguro reposo en esta apacible soledad. (Descartes 1641/1995: 55).

Si el proyecto se hubiera iniciado con la perspectiva de un sujeto fragmentado y gobernado por las verdades temporales de las pasiones del cuerpo el final habría sido probablemente distinto. La pregunta básica de Descartes, «existo o no existo», es de hecho fácil de responder recurriendo al cuerpo, pero este es el recurso que se evita utilizar con la referencia al sueño y al genio maligno. Es precisamente la negación de los sentidos lo que deja a la lectora sin instrumentos para responder al enigma presentado por las *Meditaciones*, una pregunta que sin embargo es respondida a diario por cada una de nosotras (Bouwsma 1949 [1991: 64-65]). La estructura del argumento es básicamente «puedo dudar de que mi cuerpo existe, pero no de que yo existo, por tanto yo no soy mi cuerpo», un argumento que fácilmente podría ser usado en sentido contrario (Malcolm 1965). La aparente evidencia de la frase «yo pienso luego yo existo» se basa, además, en la construcción de un «yo» distinto de Descartes que se usa tanto de objeto como de sujeto (Leyden, 1963). Este uso es patente cuando reformulamos el Cogito sustituyendo el pronombre. De este modo, la frase «pienso luego Descartes existe» pierde su magia. La aparente autocontradicción de frases como «pienso y no existo» desaparece cuando damos contenido a sus términos (Slezak 1983), y parte del truco consiste en dejar el contenido del «yo» indeterminado (Herzberger 1970). Como apunta Ayer (1953/1991:221-222), en tanto que el «yo» no tiene un contenido concreto, su existencia no puede ser decidida. El resultado es la construcción de un yo mental unido por la razón en oposición a un cuerpo que funciona como simple accesorio.

La metáfora de las meditaciones está hoy en día incrustada en nuestras formas culturales de entender a la persona, un ser regido por una mente poderosa y un cuerpo obediente y sometido. Esta metáfora se refleja con fuerza en

el argumento de una mente trasladada a otro cuerpo o a un ordenador, tema común en producciones de ciencia-ficción.

La segunda dicotomía, naturaleza y sociedad, está íntimamente conectada con el nacimiento de las ciencias sociales. Como señala Tomás Ibáñez (1990), sucesos como la Revolución Francesa y la Revolución Industrial situaron al orden social y el gobierno de la sociedad en temas centrales de preocupación. Éstas y otras circunstancias ayudaron a que las ideas producidas durante los siglos diecisiete y dieciocho cristalizaran en el germen de lo que constituirán las ciencias sociales. Los pilares básicos de las ciencias sociales se consolidaron gracias a la idea de una ciencia de la sociedad similar a las ciencias naturales (tal y como se presenta en el libro *Leviatán* de Hobbes publicado en el año 1651), el reconocimiento de la variedad humana permitida gracias al comercio y la exploración, o la aceptación de la irreducibilidad de la diversidad cultural a factores biológicos. A estos factores ha de añadirse la noción de estructura, aplicada al gobierno y a la sociedad, y a la asunción de un desarrollo progresivo de la sociedad. Resumiendo, durante los siglos diecisiete y dieciocho, conectado con el proyecto de la ilustración, emergió la creencia de la existencia de algo llamado «social» que necesitaba ser investigado y regulado, una sustancia radicalmente distinta a la naturaleza (Ibáñez 1990). Bajo esta perspectiva, la sociología se construía como la disciplina que estudia la forma en que la sociedad se organiza, mientras que las ciencias naturales tratan de la organización de la naturaleza.

Es de señalar que ambas dualidades se construyen en el marco de un proyecto de construcción de verdad. La obsesión de la empresa cartesiana, la búsqueda de una verdad última o de la definición de un método que nos permita descubrirla, es un tema recurrente de nuestra tradición filosófica occidental. Las *Meditaciones* concluyen que esta verdad última sólo puede venir a través de la mente y la racionalidad. Las *Meditaciones* ejemplifican y explicitan este pensamiento fundacionalista:

Hace algún tiempo que vengo observando que desde mis primeros años he recibido por verdaderas muchas opiniones falsas que no pueden servir de fundamento sino a lo dudoso e incierto, porque sobre el error no puede levantar-

se el edificio de la verdad. Con los principios que me habían enseñado nada útil podría conocer, porque de principios falsos no se deducen consecuencias ciertas, y decidí deshacerme de todos los conocimientos adquiridos hasta entonces y comenzar de nuevo la labor, a fin de establecer en las ciencias algo firme y seguro. (Descartes 1641/1995: 55)

En el marco de un proyecto de búsqueda de la certeza, hemos heredado una escisión entre el mundo corporal y el mundo mental que atraviesa nuestras formas de entender y vivir el mundo. En esta escisión, al cuerpo le es negada la capacidad de producir conocimiento legítimo del mundo, pasando a ser objeto de una entidad más privilegiada, la mente, de la que la corporeidad pasa a ser objeto de conocimiento.

2. Recuperando la Corporeidad

Esta herencia se traduce en psicología en una concepción de cuerpo reducido a carne, y adscrito por tanto a áreas como la psicofisiología, o como objeto de una construcción mental o discursiva, hablando entonces de la «imagen corporal» o los «discursos sobre el cuerpo». Los conceptos psicológicos pierden su contenido corporal y, al igual que la mente cartesiana, pueden aplicarse a la vez a todo el mundo y a nadie en particular. Adquiere fuerza, por otra parte, una perspectiva fenomenológica en donde se subraya la conciencia del actor y/o los significados con los que trabaja para interpretar y dar cuenta de sus interacciones, negando en cualquier caso a la corporeidad como aspecto a tener en cuenta en las comprensiones e interpretaciones que se realizan. Como consecuencia de estas dicotomías, el cuerpo aparece en las ciencias sociales como objeto de investigación, pero nunca como sujeto de la misma. Edward Sampson (1996: 602) considera que el conocimiento encarnado está ausente en ciencias sociales y que tanto las explicaciones dominantes positivistas como los acercamientos epistemológicos críticos a ella acceden al tema del cuerpo en forma de lo que él ha llamado el «cuerpo objeto»; como si conociéramos al cuerpo desde la posición de una observadora en tercera persona que conoce cualquier objeto en el mundo.

El construccionismo social (Gergen 1973, 1982, 1985) y la psicología discursiva (Potter y Wetherell 1989; Edwards y Potter 1992) re-

suelven parte de las dicotomías que han habitado por mucho tiempo la literatura y la investigación psicológica tales como interno-externo, subjetivo-objetivo, o relativo-real a través de la metáfora del lenguaje. La producción de significado deviene una actividad compartida, interna y externa a la vez, y dependiente de las participantes en interacción (Potter, 1996a: 150). Sin embargo, con el gradual reconocimiento académico de las perspectivas discursivas se ha desarrollado cierta insatisfacción con algunos de sus presupuestos; parece que, al fin y al cabo, los límites de nuestro mundo son algo distintos que los límites de nuestro lenguaje.

La omisión de la corporeidad no puede desconectarse de esta filosofía de la certeza que busca una verdad independiente de tiempos, espacios y cuerpos. La preocupación por la certeza desemboca en el representacionismo, enraizado en el dualismo cartesiano, el empirismo del siglo XVIII y el idealismo kantiano. Al haber realizado una escisión entre mente y cuerpo, entre conocimiento y mundo, se nos abre la pregunta de la correspondencia entre estos dos ámbitos. El concepto de representación hace referencia a la legitimidad o derecho de un objeto o persona a estar o simbolizar a otros objetos o personas. Así una bandera o un embajador pueden representar a un determinado país. La herida abierta no es fácil de cicatrizar, y las preguntas sobre la fidelidad y legitimidad de la representación emergen constantemente. La consecución de esta verdad última hace imposible decir ninguna verdad concreta, tal y como sucede en el Cogito cartesiano en donde es incluso difícil saber si existimos o no. ¿Qué sucedería si lo radicalizáramos? Éste nos dice que no puedo estar segura de la existencia de ninguna entidad, pero no puedo dudar de la actividad de dudar, por lo tanto si yo soy una entidad que duda [piensa], entonces yo existo. Sin embargo, no puedo asumir que soy quien tiene pensamientos; sólo puedo decir que existe el pensamiento. Al final, el pensamiento sólo puede ser expresado en lenguaje, llevándonos al callejón sin salida de que o bien el pensamiento es lenguaje, o lo único que podemos afirmar es la existencia del lenguaje. Esta conclusión no dista mucho de lo que afirma Wittgenstein en los últimas aseveraciones del *Tractatus* (1921

[1981]: §5.6 y §7), de que los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo, y de que de lo que no podemos hablar no deberíamos hablar. Analizando los puntos de contacto en lugar de las diferencias, las perspectivas construccionistas y discursivas podrían releerse como radicalizaciones de la perspectiva cognitiva en tanto que consideran a la realidad social un constructo mental / discursivo. Si tomamos en consideración estos aspectos no son tan sorprendentes desarrollos que acercan perspectivas discursivas y cognitivas. Por ejemplo, un autor del talante de Rom Harré (1995: 144.) apuesta por una definición amplia del concepto de discurso que haga referencia a aquellas actividades intencionales y constreñidas normativamente. Bajo esta comprensión considera que podemos incluir tanto fenómenos lingüísticos como cognitivos, lo que da a la orientación discursiva el potencial de abarcar ambos tipos de perspectivas. La psicología discursiva, al ser capaz de integrar ambas áreas de conocimiento, puede considerarse, siguiendo a Harré, la «segunda revolución cognitiva».

Es de reconocer el esfuerzo de las perspectivas discursivas de sortear la trampa en que nos sitúa la representación, la dificultad de saltar la brecha entre mente y mundo, a partir de la adopción de una perspectiva fenomenológica que afirma la identidad entre mente y mundo o entre discurso y realidad. Lo relevante para la persona, o lo que constituye la realidad, es lo que aparece como real a la persona o a la comunidad, lo que socialmente se construye como real. Esta estrategia, aunque evita la discusión sobre la validez de nuestras representaciones del mundo, abre una serie de problemas que podemos conectar con la formulación cartesiana. Sin caer en el realismo crítico, podemos recurrir a las críticas que ha realizado Bhaskar a la forma en que la propuesta fenomenológica reduce el mundo a nuestro conocimiento del mismo (Bhaskar 1989: 13). En primer lugar, se cae en una falacia epistémica al sustituir cuestiones ontológicas (la naturaleza de las cosas) por cuestiones epistemológicas (nuestras posibilidades de conocer). En segundo lugar, caemos en una falacia naturalista, al considerar la realidad como lo que podemos saber de la realidad; es decir, no hay realidad fuera de nuestro conocimiento de ella.

Parte del atractivo y la fuerza de la metáfora lingüística viene dada por la importancia que el lenguaje tiene como tecnología de representación de conocimiento. Efectivamente, cualquier relato sobre nuestro mundo social puede ser analizado en términos lingüísticos, y las reglas para comprobar la correspondencia entre lenguaje y realidad social son, finalmente, discursivas (Mullkay 1984; Potter 1996b). Con este punto de partida no es de extrañar la postura de Potter y Wetherell (1987: 181-82) que reducen el debate realismo-relativismo a un área de investigación discursiva. La perspectiva discursiva, aunque muy aguda en el análisis del significado en interacción y en la identificación de repertorios interpretativos, ha tenido dificultades en explicar el origen, la transformación y los efectos de esas reificaciones llamadas «discursos». La emergencia y modificación de discursos debe situarse o bien en la agencia de las participantes, en la estructura social o en su interacción, lo que supone incluir elementos no discursivos para dar cuenta del fenómeno. Para Nightingale, los análisis construccionistas buscan debilitar la fuerza originaria del cuerpo como objeto y fuente de significado, mostrando las formas en que el cuerpo es construido dentro de prácticas disciplinares particulares (Nightingale, 1999: 163): este análisis considera a los cuerpos como «uniformemente plásticos», una ficción cercana al sueño cartesiano con poca relación con nuestra experiencia cotidiana (Nightingale, 1999: 169). Burkitt (1999) considera que los cuerpos no son uniformemente inscritos a través del discurso, una crítica que hace a posturas como la de Judith Butler— que sólo tienen en cuenta cómo los discursos imprimen huellas en el cuerpo y tienen efectos de poder. Considera, en cambio, que no todos los cuerpos son inscritos de la misma manera, y que teóricamente este movimiento es posible si se toma en cuenta una propuesta de un cuerpo productor de significados a través de su experiencia, asumiendo que los discursos se relacionan pero no son idénticos a los elementos considerados no lingüísticos. Este autor (Burkitt 1999: 106) considera que el cuerpo mismo constituye parcialmente el sistema simbólico de pensamiento a través de sus movimientos y acciones en el seno de las redes de relaciones sociales.

La respuesta de que el lenguaje es nuestra realidad última surge precisamente del problema de la relación entre lenguaje y realidad planteado por las perspectivas positivistas. Los desarrollos recientes en filosofía de la ciencia y del lenguaje han cuestionado que sea posible construir un lenguaje ideal científico en que se mantenga la correspondencia entre realidad y lenguaje, básicamente debido al problema apuntado anteriormente de que el lenguaje es nuestra tecnología de representación. La perspectiva construccionista soluciona el problema señalando que nuestra realidad es lingüística y que, efectivamente, cualquier debate en torno a nuestro conocimiento se resolverá recurriendo a reglas lingüísticas. Bhaskar (1989) está de acuerdo con las perspectivas fenomenológicas en considerar al conocimiento como producto humano y, por consiguiente, sujeto a nuestras tecnologías de representación; pero considera una falacia epistémica el intentar reducir las cuestiones ontológicas a problemas epistemológicos. Efectivamente, las perspectivas construccionistas han enfatizado cómo el lenguaje es un elemento central en la construcción de nuestra realidad social, pero esto no debería negar que nuestra realidad social también participa en la construcción de conocimiento. Tal y como apunta la teoría del actor-red (Callon and Latour 1981; Latour 1987), el hecho que un determinado objeto, un microscopio, por ejemplo, sea el producto de una serie de discursos y prácticas, no quita que este objeto actúe dando la razón a una científica u otra en un determinado contexto. Es decir, nuestras construcciones sociales se solidifican y adquieren una cierta «materialidad», de la misma manera que se condensa el vapor de agua. Los objetos, al igual que los discursos, son productos sociales que adquieren agencia dependiendo de los contextos sociales en los que se sitúan. El cuerpo, desde esta perspectiva, sería un producto de prácticas sociales y, a la vez, un productor de las mismas. Según Burkitt (1999:127), el cuerpo es tanto un producto como un productor cultural que habita un mundo simbólico conectado a otras dimensiones o a sus experiencias; conectado a su propia localización en los distintos espacios y tiempos generados por su actividad social.

La introducción de la corporeidad es, por otra parte, de urgencia si se quiere responder a las problemáticas que se han planteado desde las perspectivas feministas. Estas critican la forma en que se han formulado las nociones del cuerpo femenino a partir de una sociedad «patriarcal» y basada en la racionalidad científica (Kitzinger, 1987). El cuerpo femenino ha sido estudiado, manipulado y domesticado por los discursos dominantes dentro de estas sociedades. Por ejemplo sobre la base de la medicalización de procesos de menstruación, menopausia, embarazo o parto (Martin, 1989), la mujer es separada de su cuerpo y es controlada basándose en las tecnologías disponibles. El cuerpo emerge en este contexto como centro de resistencia desde el que generar experiencias e imágenes alternativas a los núcleos de saber-poder disciplinarios (Martin, 1989) cuestionando, entre otros, el sistema sexo-género. Los términos como «mujer» y «hombre», «homosexualidad»-«heterosexualidad» no son hechos naturales separados de los mecanismos de representación que tenemos de ellos, sino categorías culturales creadas que permiten la acción de las identidades de género (Butler, 1990), aunque siguiendo a Burkitt (1990) esta perspectiva sigue estudiando el cuerpo como objeto de inscripciones de tecnologías de conocimiento y poder. Las perspectivas feministas han producido críticas a las posturas tanto objetivistas como constructivistas del cuerpo como producto y productor de sentido y experiencia. La metáfora del Cyborg utilizada por Donna Haraway (1991) enfatiza este aspecto. «Los cuerpos se han convertido en *Cyborg* organismos cibernéticos-, híbridos compuestos de encarnación técnica-orgánica y de textualidad» (Haraway, 1991/1995: 364). Así, incorpora una especie de fusión compleja, que da como resultado productos situados capaces de conocer y hacer. «El *cyborg* es nuestra ontología, nos otorga nuestra política. Es una imagen condensada de imaginación y realidad material, centros ambos que, unidos, estructuran cualquier posibilidad de transformación histórica» (Haraway, 1991/1995: 254) Esta noción incorpora la crítica a algunas de las clásicas dicotomías del conocimiento occidental: la de naturaleza-sociedad y la de mente-cuerpo. Propone, así, la hibridez e inseparabilidad de estos ámbitos

incorporando lo material y lo semiótico en relaciones y negociaciones constantes de poder y de definición. La urgencia de acción que propone el feminismo como corriente académica y política a la vez produce un espacio en el que es necesario considerar la acción y el lugar desde el cual ésta se realiza. Aunque las personas humanas somos construidas a partir de las prácticas semióticas y materiales donde estamos envueltas, la necesidad de un espacio para la constatación política es evidente para colectivos que se reconocen como oprimidos en la sociedad. Para Haraway (1997: 267), el objetivo es hacer los conocimientos situados posibles para ser capaces de realizar afirmaciones consecuentes sobre el mundo y sobre las demás en una (Haraway 1997: 270) pauta de testimonio modesto que insiste en la localización y en donde el posicionamiento es siempre una construcción compleja y heredada.

La pregunta más difícil viene en el plano epistemológico. ¿Cómo es posible, si nuestras tecnologías de representación trabajan en el ámbito lingüístico, introducir la corporeidad? Sampson considera que el lenguaje es en sí mismo corporeizado de la misma forma que el cuerpo está revestido de significados (Sampson 1996: 611), por lo que no tiene sentido establecer la dicotomía entre lenguaje y cuerpo. La investigación basada en el discurso (Edwards, 1996; Potter, 1996; Íñiguez, 1997; Vayreda, 1998) se basa en buscar los actos que actores realizan con el lenguaje o los efectos de dominación ejercidos por los discursos usados. La introducción de la noción del cuerpo como producto y productor de acción y conocimiento tal como sugiere Burkitt (1999) tiene implicaciones para la investigación y la intervención social. Como dicen algunas posturas feministas, es necesario un punto de partida tanto para entender lo «real» como para actuar en contextos concretos, como por ejemplo la «objetividad fuerte» propuesta por Harding (1992). La hibridez propia de estas posturas (entre mente y cuerpo y entre naturaleza y cultura) permite pensar en redes de relaciones en las que tecnologías, cuerpos, discursos, política, poder... hacen mestizajes particulares desde los cuales se actúa. La cuestión central es cómo podemos actuar (investigar o intervenir) si no hay realidad «externa» que pueda ser alcan-

zada, a la cual nos podemos referir fuera de las tecnologías de representación que la produce. La propuesta de los conocimientos situados de Haraway (1991) es útil para tratar este asunto. Los conocimientos situados son lugares materiales y semióticos desde los cuales nos relacionamos con aquello que experimentamos, produciendo conocimientos que lejos de representar una realidad fuera de nosotras mismas son producto de la interrelación entre quien investiga y aquello investigado. Como en la tradición hermenéutica propia de la fenomenología (Cadamer, 1960), la lectura de un texto es el resultado de la tensión interpretativa entre el horizonte de la lectora (investigadora) y del texto (el tema de la investigación). Este producto no es una «descripción» del mundo sino el punto de partida para la construcción de artefactos materiales y semióticos (Pujol y Montenegro, 1999).

La introducción teórica y epistemológica del cuerpo (material y semiótico) permite incorporar la posición desde la cual es posible esta tensión en la investigación. En la intervención social la tensión es aun más fuerte, la urgencia de la acción - al igual que ocurre con movimientos sociales necesitados de tomar posturas para su acción política - es inapelable. La interventora debe posicionarse de manera de poder diagnosticar, actuar y evaluar su acción desde un lugar. Aunque dentro del ámbito de la intervención social la posición de la agente interventora está dada por sentada y se asume que las personas que adoptan este rol tienen la capacidad teórica y técnica para identificar, abordar y proponer planes de solución a problemas sociales concretos; después de las fuertes críticas hechas por los movimientos llamados postmodernos a la regulación que se hace desde el conocimiento - y su relación con el poder - y de las formas de control de la intervención social, la necesidad de definir el punto desde el cual se parte se hace imprescindible ya que el argumento del conocimiento transparente y representativo de la realidad ha perdido fuerza. Para esto, los desarrollos relacionados con las nociones de cyborg o conocimientos situados (Haraway, 1991) permiten pensar en posiciones materiales y semióticas desde las cuales se producen conexiones parciales

con las personas y objetos con los cuales se interactúa en la intervención social. Las diferentes interacciones que emprendemos con las personas, objetos, situaciones y tecnologías que participan en las intervenciones provienen de posiciones concretas en entramados sociales. Es posible conceptualizar estas conexiones como complejas redes de relaciones a partir de posiciones materiales y semióticas particulares entre los distintos entes involucrados, definidas en diferentes momentos. Son relaciones desde posiciones localizadas que se definen en conversaciones cargadas de poder y que establecen límites, denominaciones, decisiones y acciones. Estas posiciones localizadas se van definiendo y redefiniendo en el transcurso temporal del proceso y crean objetos y significados que se materializan en la interacción social.

3. Implicaciones para la práctica investigadora e interventora

Como se ha apuntado, el representacionismo abre una brecha entre conocimiento y mundo que provoca constantes dudas sobre la legitimidad y fidelidad de la representación. Al reducir el mundo, o la constitución de la realidad, en el ámbito discursivo, el del conocimiento, se aleja el problema de la exterioridad del mundo respecto al conocimiento. El discurso es realidad (o constitución de realidad), y el estudio del discurso es el estudio de la realidad social. Se evita, de esta forma, el problema de la representación ya que las transcripciones, los trozos de discurso, son una reproducción del mundo social, no una representación del mismo. Esto permite que la investigación trabaje con trozos de sociedad en lugar de representaciones de la misma. Trabajar directamente con «productos sociales» permite que cualquiera pueda contrastar la interpretación y el sentido que quien investiga da a estos productos sociales. Las perspectivas discursivas reconocen que múltiples interpretaciones pueden ser generadas del mismo material empírico, pero esto no significa que todas sean igualmente válidas. Algunas de ellas serán más creíbles que otras. La lectora puede evaluar la credibilidad de

cada interpretación. Potter y Wheterell (1987: 162) consideran, por ejemplo, que las transcripciones de las conversaciones cotidianas o las producciones textuales (como, por ejemplo, noticias, artículos científicos, etc.) son producciones del tejido social en las que la investigadora no está involucrada. Desde el punto de vista de la analista del discurso este material permite «capturar» la más amplia variación en las versiones de un fenómeno; construir una idea de cómo las prácticas lingüísticas de las participantes están organizadas. En otro texto, comparando la observación etnográfica y el análisis discursivo, Potter (1996: 105-106) considera que la perspectiva discursiva se preocupa en cómo se consigue que la versión de determinada participante se considera objetiva a través de recoger los detalles de la interacción (repeticiones, vacilaciones, énfasis, correcciones, etc.). A diferencia de la etnografía, las transcripciones de discurso (en lugar de las notas etnográficas) permiten una posición más fuerte desde las que evaluar las aserciones e interpretaciones que realiza la investigadora.

Para que sea posible el análisis de la realidad social, el material empírico con que el análisis del discurso trabaja debe ser una réplica de la interacción. La forma en que se solucionan las posibles «interferencias» de la acción investigadora consiste en recoger y analizar «reflexivamente» esas interferencias; es decir, las intervenciones de la investigadora pasan a formar parte del material de análisis. El problema viene cuando hay elementos de la interacción que no pueden ser recogidos «empíricamente». Si todo lo relevante para la comprensión y análisis de la realidad social es, en último término, expresado lingüísticamente entonces no hay ningún problema. La salida consiste en recoger el suficiente material discursivo. En tanto que la interacción tiene sentido en función del contexto en el que éste se realiza, la cuestión consiste en ver cómo podemos recoger los suficientes elementos del contexto como para dar sentido a la interpretación. Una solución consiste en reducir el contexto histórico, social, institucional o personal al contexto de interacción inmediato para que éste sea considerado en el análisis y podamos justificar nuestra interpretación. Una segunda

vía de salida introduce el contexto «a posteriori» por la investigadora, lo que nos lleva a la trampa de la representación. Una tercera justificación consiste en considerar que el contexto de la interacción es el mismo que el de la lectura del informe de investigación y, por tanto, no hace falta explicitarlo. En la práctica, el contexto que no viene dado por la interacción inmediata va desapareciendo, convirtiendo a los estudios discursivos susceptibles a las críticas de las falacias epistémica y naturalista. Al enfatizar el carácter discursivo de nuestro mundo social, fenómenos tales como la identidad, subjetividad, categorías sociales, relaciones de poder, constitución de hechos e incluso nuestras discusiones académicas quedan reducidas a una buena transcripción y un vídeo. Como apuntan Potter y Wheterell (1987: 181-182), hay dos problemas que emergen cuando se trata la cuestión de la relación entre el «discurso» y el «mundo». La primera, es que la forma en que se plantea la pregunta implica el acceso a algún tipo de territorio no discursivo claramente diferenciado al que el discurso hace referencia. Cualquier formulación sobre la naturaleza de éste territorio será inevitablemente enmarcada en discurso y, por tanto, seguirá los principios de variación discursiva que estudia el análisis del discurso. El segundo problema es que se supone que la respuesta a la discusión sobre la relación entre «discurso» y «mundo» debe ser respondida filosóficamente. Para la perspectiva discursiva la respuesta está en preguntarse por los procedimientos que autorizan a ciertas versiones a ser consideradas «factuales».

A pesar de estas objeciones, las perspectivas discursivas tienen un buen argumento. Si tenemos que ser empíricos, es mejor si nuestro material (a) es una reproducción en lugar de una representación; y (b) permite a las participantes expresarse a sí mismas usando sus propias palabras y categorías. Si pensamos que el lenguaje es todo a lo que tenemos acceso, y nuestra realidad está construida a través de prácticas lingüísticas, recoger e interpretar material discursivo es una forma de sistematizar nuestro conocimiento de la realidad social.

Desde una perspectiva corporeizada, se enfatiza el carácter productivo de la relación

constituida durante el proceso de investigación. La articulación con personas, discursos y prácticas (entrevistas, observación participante, literatura sobre una cierta temática) es en sí misma productora de conocimiento. La relación generada durante la actividad investigadora genera un conocimiento que no es reducible al formato textual del reporte de investigación. Las formas actuales de producción científica, herederas del dualismo cartesiano, priorizan la elaboración mental frente a la experiencia corporal, estando las tecnologías dominantes de producción de conocimiento en ciencias sociales basadas principalmente en la escritura y la información, y exigiendo una representación lingüística de lo que es observado, experimentado y recogido por la investigadora. El conocimiento corporeizado que se produce en la práctica científica, aunque no puede ser «reproducido» en el informe de investigación, debería ser expresado para que afecte, toque o impresione a la audiencia. En tanto que la investigación es una actividad corporeizada generadora de conocimiento (como lo son otras actividades), es posible pensar en actividades que, de una forma u otra, generen impresiones no isomórficas sobre el conocimiento corporeizado adquirido (actividad que está ampliamente extendida en las artes plásticas). Esto, además, no está tan alejado de la práctica actual investigadora. Efectivamente, un aspecto importante del reporte de investigación es la generación de confianza, una relación que no depende exclusivamente del carácter textual del informe de investigación y en la que intervienen elementos como la retórica, la ética subyacente, los procedimientos, datos, la reputación de las investigadoras, la coherencia de los argumentos. Podemos, por otra parte, incluir criterios que consideren el carácter corporeizado de la actividad investigadora como, por ejemplo, que los procedimientos de investigación aseguren una relación productiva con el objeto de conocimiento; es decir, que la investigadora se haya colocado en una situación en donde su posición corporeizada es susceptible de ser alterada.

Por otra parte, los métodos cualitativos han permitido a las participantes mostrar sus propias preocupaciones y agendas en lu-

gar de, como en los cuestionarios, tener sus categorías de respuesta definidas previamente por la investigadora. Considerar la actividad investigadora como una relación material-simbólica implica un paso más al tener en cuenta la naturaleza de esta relación en la investigación y considerar los derechos de las actantes humanas y no humanas que participan en la interacción. En la mayoría de técnicas se sigue distinguiendo entre dos roles en términos de investigadora-investigada. Mientras que puede argumentarse que los métodos cualitativos dan voz a las participantes, los procedimientos de recogida de datos hacen que esta voz aparezca simple y fragmentada en comparación con la fuerza retórica de la investigadora. Esta retórica permite al rol investigador aparecer superior al de la participante y legitimar el comentar y tener «algo que decir» sobre lo que la participante ha dicho. Además, las participantes pierden toda la agencia sobre el material bajo análisis, después que han dado consentimiento a ser entrevistadas. Consecuentemente, el proceso de recogida de datos excluye la agencia reflexiva de las participantes sobre el material recogido. La presentación de los resultados sigue la lógica de la tabla de operaciones del renacimiento, el teatro en donde el cuerpo es abierto a escrutinio y todas las personas pueden verlo en disección. Aunque la investigadora no «representa» discursos, sí que se erige como agente autorizada para presentarlos en función de los intereses de investigación.

Para ejemplificar la perspectiva apuntada, una perspectiva corporeizada incorporaría una serie de marcas en la realización de una investigación. Se partiría de la premisa de que el conocimiento es el resultado de una actividad corporeizada, generada desde ciertas condiciones materiales y simbólicas, desde una perspectiva que debe considerar las condiciones de posibilidad de la investigación. Por otra parte, y siguiendo a Cadamer, la interpretación no se generaría gracias a la identidad con el objeto de investigación sino desde una distancia productiva entre horizontes que crea la necesidad de un acto interpretativo. Finalmente, el propósito no sería el «representar» o «dar voz» sino dar una impresión del efecto que la relación investigadora-in-

vestigada ha tenido en la posición material-simbólica de partida.

En la observación participante, esto implicaría concebirla como una práctica que permite a las investigadoras participar (aunque sea de forma limitada) en las prácticas que sostienen los discursos corporeizados producidos alrededor del fenómeno. El proceso de familiarización con la práctica haría evidente la distancia respecto al objeto de estudio y crea la necesidad de interpretación. Las notas de campo, recogidas de forma secuencial, servirían para reflejar este proceso de «iniciación», de la producción de comprensión y conocimiento generada en el acto de participar corporalmente en una práctica. En el caso de distintas investigadoras, la heterogeneidad de perspectivas, en lugar de ser suprimidas, reflejaría los distintos puntos de partida y las transformaciones en las posiciones material-simbólicas de las investigadoras. Estas notas de campo servirían para crear marcos de comprensión de las experiencias vividas.

En el grupo de investigación *Fractalidades en Investigación Crítica* (UAB) se ha desarrollado la técnica de construcción de narrativas siguiendo estos principios metodológicos. Esta técnica, en lugar de representar cómo las participantes comprenden el fenómeno, busca expresar cómo las participantes quieren que un particular tema sea visto. Para ello se programan sesiones donde la investigadora y participante hablan y discuten distintos aspectos del fenómeno. Después de cada sesión, la investigadora construye una narrativa usando sus propias habilidades lingüísticas para que el formato del texto tenga legitimidad propia en función de la audiencia a la que se dirige. Las participantes leen la narrativa para corregirla o expandirla. La investigadora puede introducir nuevos temas, y este proceso continúa hasta que la participante acepta la narrativa final. Este proceso hace que la narrativa no reproduzca las «palabras» de la participante sino que constituya el mensaje con que la participante quiere que su versión sea expresada. La narrativa producida, siguiendo a Bajtin (1979), es inicialmente el resultado de un proceso responsivo frente a la interpelación realizada como investigadoras, de la misma forma que lo es la técnica de entrevista. Sin embargo, el

proceso de reflexión y reelaboración imprime un carácter dialógico y heteroglósico, acercándolo al medio agitado y diverso de otras voces y otros textos propio de la actividad humana. La narrativa es la actualización y concreción de un flujo de interacción y subjetivación entre investigadora, participante y audiencia a la que el texto se dirige. El resultado no es, por tanto, reflejo ni de la subjetividad de la participante ni de los discursos presentes en la sociedad, sino que constituye un nuevo producto resultado de la articulación entre estas tres posiciones (investigadora/participante/contexto social al que se dirige la narrativa) precipitada por la interpelación de la investigadora.

Las narrativas son un producto con legitimidad propia independiente de la inteligibilidad que quiera darle la investigadora: no se necesita que su interpretación sea mediada por la figura de la investigadora; tiene entidad en sí misma. El carácter acabado de la narrativa permite romper la dicotomía entre el «lenguaje autorizado» de la investigadora y el «lenguaje necesitado de interpretación» de la participante, llevándonos a considerar el análisis de la investigadora como «una versión corporeizada» del fenómeno estudiado (producto también de procesos articuladores) equivalente al de la narrativa. Es decir, la investigadora genera una narrativa con el mismo estatus epistemológico (conceptual y formalmente) al de las participantes en la investigación. Con esta ruptura se diluye otra oposición: la de empírico-teórico. Si conceptual y formalmente investigadora y participante crean narrativas alternativas de la realidad, difícilmente puede justificarse que una (la de la investigadora) sea «teórica» mientras que la otra (la de la participante) sea «empírica». Ambas son versiones teórico-empíricas: teóricas porque nos ofrecen un «conocimiento» del mundo; empíricas porque son productos de una serie de procedimientos establecidos a priori.

En el aspecto ético, las producciones narrativas garantizan la agencia de las participantes sobre su propia producción narrativa al tener la potestad de modificar aquellos aspectos del texto que no concuerdan con los efectos que la participante desea que éste tenga (lo que permite, a la vez, trascender el contexto

concreto de producción). Reconoce, además, que la producción de la narrativa está mediada por la relación asimétrica de poder entre investigadora/participante. Este reconocimiento permite un esfuerzo por limitar las relaciones de dominación estableciendo las condiciones para dar a la participante agencia sobre su propia elaboración de la temática que se está estudiando.

4. Para Concluir

Este trabajo argumenta que la omisión de la corporeidad en psicología social está relacionada con las dicotomías mente –cuerpo y naturaleza –sociedad que contribuyeron a la génesis de las ciencias sociales, igualando corporeidad con carnalidad, deslegitimando la frente a lo mental como fuente de conocimiento y relegándola al ámbito de lo material-natural. El construccionismo social y la perspectiva discursiva evitan estas dicotomías afirmando uno de los polos en detrimento del otro: la supremacía de lo discursivo (mental-social) frente a lo material y corporal. El carácter fenomenológico del argumento («existe lo que está en mi discurso») puede conectarse con el éxito con que las tecnologías lingüísticas median en los procesos de representación del conocimiento. La radicalización de considerar una única entidad, la discursiva, en lo constitutivo de lo social lleva, como apunta Bhaskar (1989), a la falacia epistémica (sustituir la pregunta del ser por la pregunta de cómo conocerlo) y naturalista (reducir la realidad a lo que podemos conocer de ella). Este marco conceptual hace que, al igual que en el positivismo, el cuerpo sea tratado como un «cuerpo objeto».

Recuperar la corporeidad en ciencias sociales supone incorporar al cuerpo no sólo como producto, como objeto, sino también como agente productor de significados. La dicotomía entre corporeidad y discurso se difumina cuando, como Sampson (1996), tenemos en cuenta que el lenguaje es en sí mismo corporeizado de la misma forma que el cuerpo está revestido de significados. La introducción de la corporeidad no ha de significar, sin embargo, caer en la ontología realista que temen las perspectivas construccionis-

tas. Podemos considerar a la materialidad como entidad de naturaleza distinta a lo discursivo sin renunciar a su carácter construido, tal y como apunta la teoría del actor-red, movimiento que permite integrar parte de la teorización feminista en torno al «cuerpo femenino».

La propuesta del cyborg (Haraway 1991) nos ofrece una ontología que reconoce el carácter a la vez material y semiótico de la corporeidad. Esta ontología híbrida nos permite pensar las redes de relaciones entre cuerpo, discurso, conocimiento y poder, con implicaciones para la actividad investigadora e interventora. Nos permite también reconocer que la articulación con prácticas, personas y discursos es en sí misma productora de conocimiento. En su misma obra, la perspectiva de los conocimientos situados apuesta por una conexión parcial con el objeto de estudio desde especificidades semiótico-materiales que implica considerar el producto de la investigación no como una «descripción objetiva» o «relativa» del mundo, sino como una perspectiva encarnada, responsable y limitada de la conexión entre investigadora y objeto de estudio; una conexión que excede a su representación en el informe de investigación. Reconocer que el conocimiento emerge de la articulación de posiciones corporeizadas implica cuidarlas política y éticamente de forma que las relaciones de asimetría no se conviertan en relaciones de dominación. Esta preocupación se refleja en la técnica de las producciones narrativas, que aplica procedimientos que allanan las dicotomías investigadora-investigada, teórico-empírico y conocimiento-experiencia. Implicaciones parecidas se derivan para el trabajo interventor, en donde la renuncia al conocimiento experto desbanca la posibilidad de una posición privilegiada desde la que identificar, intervenir y evaluar los «problemas sociales». Desde la misma perspectiva, se trata de establecer conexiones parciales con agentes y objetos involucrados para desde posiciones localizadas, definir las identidades de los agentes involucrados (incluida la del agente interventor), señalar la realidad semiótico-material que la red configura y desarrollar, a partir de la articulación, acciones responsables de transformación social.

5. Referencias bibliográficas

- AYER, A. J. (1953): Cogito, ergo sum. *Analysis*, 14(2): 27-31. Reeditado en G. J. D. Moyal (ed) *René Descartes. Critical Assessments. Vol. II*. Londres, Routledge, 1991: 219-222.
- BAJFIN, M. (1979): *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI, 1982.
- BHASKAR, R. (1989): *Reclaiming Reality. A Critical Introduction to Contemporary Philosophy*. Londres, Verso.
- BLEICHER, J. (1980): *Contemporary Hermeneutics: Hermeneutics as Method, Philosophy, and Critique*. Londres, Routledge & Kegan Paul.
- BOUWISMA, O. K. (1949): «Descartes' evil genius». *Philosophical Review*, 58: 141-151. Reeditado en G. J. D. Moyal (ed) *René Descartes. Critical Assessments. Vol. II*. Londres, Routledge, 1991: 57-65.
- BURKITT, I. (1999): *Bodies of thought: Embodiment, Identity & Modernity*. Londres, Sage.
- BUTLER, J. (1990): *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*. Nueva York, Routledge.
- (1993): *Bodies that matter. On the discursive limits of «sex»*, Londres, Routledge.
- CALLON, M. (1986): The sociology of an actor-network: The case of the electric vehicle, en M. CALLON, J. LAW and A. RIP (eds) *Mapping the Dynamics of Science and Technology*, Londres, McMillan, 19-34.
- CALLON, M. and LATOUR, B. (1981): Unscrewing the big Leviathan, en K. D. KNORR CETINA and M. MULKAY (eds.) *Advances in Social Theory and Methodology*. Londres, Routledge, 275-303.
- DESCARTES, R. (1637): *Discurso del Método*, México, Porrúa, 1995.
- (1641): *Meditations on First Philosophy*, Londres, Routledge, 1991.
- (1641): *Meditations on First Philosophy*, Londres, Routledge, 1991.
- (1644): *Principios de la Filosofía*, México, Porrúa, 1995.
- (1701): *Reglas para la dirección del espíritu*. México, Porrúa, 1995.
- EDWARDS, D. (1996): *Discourse and Cognition*, Londres, Sage.
- EDWARDS, D. and POTTER, J. (1992): *Discursive Psychology*, Londres, Sage.
- GADAMER, H. (1960): *Truth and Method*, Nueva York, Continuum, 1975.
- GERGEN, K. J. (1973): Social Psychology as History. *Journal of Personality and Social Psychology*, 26: 309-320.
- GERGEN, K. J. (1982): *Toward Transformation in Social Knowledge*. Nueva York, Springer-Verlag.
- (1985): Social Constructionism Inquiry: Context and Implications, en K. J. GERGEN and K. E. DAVIS (eds) *The Social Construction of the Person*, Nueva York, Springer Verlag.
- GIDDENS, A. (1984): *The Constitution of Society. Outline of the theory of structuration*. Cambridge, Polity.
- HARAWAY, D. (1991): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1995.
- (1997): *Modest Witness@Second Millennium. Female Man@Meets Oncomouse™. Feminism and Technoscience*, Londres, Routledge.
- HARDING, S. (1992): *Whose science? Whose knowledge? Thinking from women «s lives*, Ithaca, Cornell University Press.
- HARRÉ, R. (1995): Discursive Psychology, in J. A. SMITH, R. HARRÉ and L. VAN LANGENHOVE (eds) *Rethinking Psychology*. Londres, Sage.
- HEZBERGER, H. (1970): Paradoxes of grounding in semantics. *The Journal of Philosophy*, 67(6): 145-167.
- ÍÑIGUEZ, I. (1997): Discourses, Structures and Analysis: What Practices? In Which Contexts?, en T. Ibáñez y I. Íñiguez (1997) (eds.) *Critical Social Psychology*, Londres, Sage.
- KEARNEY, R. (1984): *Dialogues with Contemporary Continental Thinkers*, Manchester, Manchester University Press.
- KITZINGER, C. (1987): *The social construction of lesbianism*. Londres, Sage.
- KNORR CETINA, K. (1997): What Scientists Do, in T. IBÁÑEZ and L. ÍÑIGUEZ (eds) *Critical Social Psychology*, Londres, Sage.
- LATOUR, B. (1987): *Science in Action: How to Follow Engineers in Society*, Milton Keynes, Open University Press.
- LATOUR, B. (1991): Technology is society made durable, en J. LAW (ed) *A Sociology of Monsters: Essays on Power, Technology and Domination*, Londres, Routledge, 103-131.
- LEYDEN, W. von (1963): Cogito ergo sum, *Proceedings of the Aristotelian Society*, 63:67-82. Reeditado en G. J. D. Moyal (ed) *René Descartes. Critical Assessments. Vol. II*, Londres, Routledge, 1991:223-234.

- MALCOLM, N. (1965): Descartes proof that his essence is thinking. *Philosophical Review*, 74:315-338. Reeditado en C. J. D. MOYAL (ed) *Rene Descartes. Critical Assessments. Vol. II*. Londres, Routledge, 1991: 270-287.
- MARTIN, E. (1989): *The women in the body: A cultural analysis of reproduction*. Buckingham, Open University Press.
- MULKAY, M. (1984): The Scientist Talks Back: A One act Play, with a Moral, about Replication in Science and Reflexivity in Sociology. *Social Studies of Science*, 14: 265-268.
- NIETZSCHE, F. (1887): *On the genealogy of morals*. Nueva York, Vintage Books, 1969.
- NIGHTINGALE, D. (1999): Bodies: Reading the body, en I. Parkery the Bolton Discourse Network. *Critical text work: An introduction to varieties of discourse and analysis*, Buckingham, Open University Press.
- NORUM, K. E. y SPRENGER, K. (1999): Legends of the Accidental Researchers. Trabajo presentado en *Advances in Qualitative Methods Conference*, Edmonton, Alberta, Canada. February 18-20, 1999.
- PARKER, I. (1992): *Discourse Dynamics: Critical Analysis for Social and Individual Psychology*, Londres, Routledge.
- POTTER, J. (1996): *Representing reality: Discourse, rhetoric and social construction*. Londres, Sage.
- (1996a): Attitudes, social representations and discursive psychology. en M. WETHERELL (ed) *Identities, Groups and Social Issues*, Londres, Sage, 119-174.
- (1996b): *Representing Reality: Discourse, Rhetoric and Social Construction*. Londres, Sage.
- POTTER, J. and WETHERELL, M. (1987): *Discourse and Social Psychology*, Londres, Sage.
- PUJOL, J. y MONTENEGRO, M. (1999): «Discourse or Materiality?» Impure alternatives for recurrent debates. en D. NIGHTINGALE y J. CROMBY (Eds.) *Social constructionist psychology: A critical analysis of theory and practice*, Buckingham, Open University Press.
- ROUSE, J. (1992): What are cultural studies of scientific knowledge? *Configurations*, 1:1-22.
- SAMPSON, E. (1996): Establishing Embodiment in Psychology. *Theory & Psychology*, 6(4): 601-624.
- SHILLING, C. (1991): Educating the body: physical capital and the production of social inequalities. *Sociology*, 25: 653-672.
- SHILLING, C. (1993): *The Body and Social Theory*, Londres, Sage.
- SLEZAK, P. (1983): Descartes diagonal deduction. *British Journal for the Philosophy of Science*, 34: 13-36. Reeditado en C. J. D. MOYAL (ed) *Rene Descartes. Critical Assessments. Vol. II*, Londres, Routledge, 1991: 235-260.
- STAM, H. J. (1998): *The body and psychology*, Londres, Sage.
- STOPPARD, J. M. (1998): Dis-ordering Depression in Women: Toward a Materialist-Discursive Account. *Theory and Psychology*, 8(1):79-99.
- TURNER, B.S. (1992): *Regulating Bodies: Essays in Medical Sociology*, Londres, Routledge.
- VAYREDA, A. (1998): A propósito de la discursividad. *Anthropos*, 177: 80-84.
- WILKINSON, S. (1997): Prioritizing the Political: Feminist Psychology, en T. Ibáñez and L. Íñiguez (eds) *Critical Social Psychology*, Londres, Sage.
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1924): *Tractatus Logico-Philosophicus*. Barcelona, Laja, 1981.